

SE inspiran estas líneas en motivo sagrado: unos grandes ojos tiernos que se cierran, unas mejillas frescas y rosadas ayer que ahora palidecen, un corazón joven que se duerme...

En el aula escolar habrá hoy el mismo aire fresco entrando por la ventana, el mismo sol amigo tiñendo de paja cuanto a su paso se ofrece, la misma bondad de la mañana. Pero ya allí no se escuchará más el acento dulce de la joven de ojos grandes y tiernos, la de las mejillas sonrosadas y frescas, la amada maestra amiga cuyo corazón ya duerme. Y al comprenderlo así las pequeñas llorarán en silencio, se mirarán las unas a las otras con los ojos interrogantes, no dirán palabra, dejarán tras sí la puerta y un hondo sollozo quedará flotando en la estancia.

Unos grandes ojos tiernos que se cierran; unas mejillas frescas y rosadas, ayer, que ahora palidecen; un corazón joven que se duerme...

RUBÉN COTO

30.-X.-925.

Una mañanita la encontramos dormida en su cama blanca. Su cabeza tan noble se hundía suavemente en la almohada y sus brazos se entrecruzaban sobre el pecho. Lirios blancos eran su frente y sus mejillas, lirios morados las cuencas de sus ojos. No dormía, estaba muerta.

Así la vimos sus amigas, sus compañeras; y poco a poco la estancia se llenó de rosas, de jazmines y de azucenas.

Fuera, brilló el sol, y una lluvia fina y suave refresco la tierra, esta tierra a la cual debíamos más tarde entregar la muerta.

Bien preparada estaba ella para este viaje; consigo llevaba el morralillo de su dulce gentileza, de su lealtad probada, de su inteligencia sutil y de su humilde bondad.

A dejarla fuimos a la puerta misma de la Ciudad Serena, esa tarde otoñal de grises y purpurinos celajes. Y cuando la queda del Angelus sonara y la tumba se abriera para recibirla, nubes muy oscuras y muy densas ensombrecían el cielo infinito!

¿Por qué no brillaron las estrellas? ¿Por qué los fanales no iluminaron el firmamento?

Era que el dolor que del pecho arrancara la ausencia de la compañera querida y de la amiga incom-

## Mencha González



En traza de campesina costarricense.

parable, formaba este velo de sombras, imponiendo a la Naturaleza, silencio, majestad y duelo.

Y, allí la dejamos, cubierta de rosas, de jazmines, de azucenas, hundida su noble cabeza en la almohada, cruzadas las manos sobre su gran corazón, como blancos lirios su frente y sus mejillas, como morados lirios las cuencas de sus ojos, porque Mencha no dormía... estaba muerta!

ANA ROSA CHACÓN

5.-X.-25.

5 de Noviembre de 1925.

Sonó la hora fatal en que debía truncarse una bella existencia llena de juventud y de encantos espirituales. Silenciosas, mirándonos con expresión de dolor, permanecemos ante la sentencia que el Destino tenía reservada a nuestra vida escolar: Clemencia ha desaparecido de nuestro

corro juvenil, dejándonos en el alma una eterna pregunta y una angustia no sentida hasta hoy. ¿Por qué esta bella flor ha sido cortada, así, súbitamente, cuando aún no había emanado de sí su perfume, lo suficiente para saciarnos? Fué siempre oportuna, nunca le pareció estar lo bastante cerca de nosotros; dejaba la impresión de ser fugaz, sutil. Clemencia fué una de las criaturas más privilegiadas en inteligencia y corazón; su amistad se saboreaba como se saborea una fruta dulce; fué leve, silenciosa a ratos, amable, pura, de inteligencia radiante de vivacidad, calmosa; ella sabía que su sér superior y angelical estaba por sobre las congojas y vaivenes de esta vida; vivía de su interior, y lo exterior parecía interesarle poco. Vidas como la de esta amada amiga, muerta en plena juventud debieran seguir su paso por el mundo para dulcificarlo todo; para calmar el ansia de los que en las rudezas del camino han escanciado las ánforas de la alegría; para hacer florecer otras vidas que necesitan el blando apoyo de una alma sensible y hermosa como la suya. Clemencia parecía no amar la vida; pienso que su sér, demasiado fino como el ala de un ángel, no podía luchar contra el dolor y los males materiales; había de ser muy pronto huésped de una mansión más digna de la transparencia de su alma. ¡Clemencia! Nuestra vida íntima escolar se estremece de dolor y de ternura al recordar

este nombre, suave como una caricia infantil! Ella era quien nos daba los mejores ratos con sus interesantes relatos e impresiones de su vida de escuela. Era esta dulce niña una narradora amena; pintaba tan a lo vivo y natural cada una de sus historias, que vanamente reprimiríamos el gesto de amargura y no podríamos secar de pronto la lágrima que sale al recordar todo lo que ella sabía contar. Se llevó este encanto que nos la hacía doblemente amada e indispensable. Más de una vez llegábamos a escucharla, atraídas por las risas de sus compañeras: «es un cuento de Mencha» oíamos decir a alguna; ¡ah Clemencia! ¡Qué de ocurrencias salían de esa inteligencia singular! ¡Mil veces lamentamos tan inesperada huida; si nuestro cariño fuera creador te daría otra vez la vida que valía un tesoro, querida Mencha! ¡Tu pérdida ha sido para nuestro grupo, la de un talismán maravilloso!